



Política y Cultura

ISSN: 0188-7742

politicaycultura@gmail.com

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Xochimilco

México

Memmi, Albert

Las fluctuaciones de la identidad cultural

Política y Cultura, núm. 11, invierno, 1999, pp. 127-141

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26701107>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Las fluctuaciones de la identidad cultural*

Albert Memmi^{**}

Toda identidad cultural resalta las construcciones imaginarias creadas por un grupo humano en un sistema de valores; es decir, la identidad es fluctuante según las necesidades y los juicios históricos. En este artículo se muestra cómo las identidades culturales envuelven tanto a movimientos de liberación y formas de participación política, así como a diversos métodos de dominación.

El término de identidad no es tan claro como parece, a menudo el vocablo designa una realidad que ha sido mal esbozada. El debate sobre la identidad refiere al menos a dos aspectos: la pertenencia a un grupo y la pertenencia a un sistema de valores.

¿Qué significa para un negro *ser negro*? En primera instancia, ser negro es

* Este artículo fue publicado en la revista internacional *Sprit*, núm. 228, enero, 1997, *La fièvre identitaire*, París. Traducción: Joel Flores Rentería y Haik O'dabachian Bermúdez. Trabajo realizado en el marco del proyecto interinstitucional Identidad e intolerancia (UNAM/FCPS/UAM-X), financiado por PAPIIT-CONACYT y coordinado por la Dra. Silvia Molina.

** Investigador y escritor tunesino, autor de numerosas obras como *ha statue del sel* (Gallimard, 1956), *Portrait du colonisé* (Corréa, 1957), *Portrait d'un juif* (Gallimard, 1962), *Ab ¡quel bonheur!* (Arléa, 1996).

pertenecer (como veremos más adelante) a una comunidad de hombres negros (cualquiera que sea el sentido de dicha comunidad), donde se comparte solidariamente la condición y el destino, para bien o para mal. Es también aceptar, respetar y aplicar, más o menos equitativamente, el sistema de valores y de instituciones que rigen su vida colectiva. En síntesis, la identidad del negro tiene dos aspectos: uno es subjetivo, una adhesión relativamente voluntaria y una obligación, en mayor o menor medida, aceptada al interior del grupo; el otro es objetivo, se refiere a las bases culturales, sociales e históricas, a una suerte en común con los demás negros. Esta doble polarización lo domina todo. Ser de color negro, para el negro, no es un hecho estético ni tampoco biológico, sino el símbolo de su pertenencia, y es, a la vez, el signo que reafirma su no pertenencia a grupos de blancos ni a su sistema de valores. En suma, existe un aspecto positivo y otro negativo.

Para un judío *ser judío* significa la pertenencia relativa a un grupo judío y a sus tradiciones culturales, en consecuencia es, al mismo tiempo, una forma de no coincidir, para bien o para mal, con la sociedad de lo no judío. La biología, si ésta existe, y los otros rasgos diferenciales, sean reales o imaginarios, no tienen ni el valor ni el sentido que adquieren en esta doble o triple polarización, esto se aprecia todavía mejor con los judíos que con los negros. Del mismo modo ocurre con las mujeres y cualquier otro grupo o miembro de un grupo, dominado o no. Cada grupo tiene una fisonomía particular, resultado de una historia y de una inserción específica en el mundo de los hombres. No es exactamente equivalente ser negro que judío, francés o polaco, pero más allá de la complejidad característica de cada uno, existe un denominador común, una ecuación de tres variables, la identidad cultural está en función de un grupo y de un sistema de valores.

El triángulo de la identidad

Estas tres variables [identidad, pertenencia y sistema de valores] forman un triángulo que designa la escena donde se desenvuelve el drama de la identidad de cada grupo. El sentimiento de identidad cultural proviene de la pertenencia a un grupo, cuya definición y cohesión reposan sobre un sistema común y relativamente coherente de

* Nota de los traductores.

valores y de instituciones. Este sistema es, en función de la existencia en común, respetado por los individuos y subgrupos, pero es pertinente en tanto que permanezca una norma de referencia, aparentemente estable, para la mayoría de los miembros del grupo. El musulmán de la calle, el cristiano o el judío no conocen, quizá en detalle, el dogma ni las variaciones eventuales de la doctrina o del rito; sin embargo admiten que el islam, el cristianismo o el judaísmo los define y, de alguna forma, los constituye como musulmán, cristiano o judío.

De la misma manera, una relativa permanencia demográfica es aquello que le da fundamento, encarnación y devenir a una visión del mundo y a las reglas de conducta colectiva. Un grupo siempre vivo, sin el cual difícilmente el sistema tendría un lugar en el horizonte inmutable, debido al cambio en la historia de las ideas. Es por ello que los judíos existirán siempre que el judaísmo viva y evolucione. En pocas palabras, el grupo y el sistema de valores se definen uno en función del otro y se reafirman recíprocamente.

Es pertinente nombrar a cada identidad cultural con un término adecuado y diferente, pero próximo a los otros, a modo que se subrayen, a la vez, sus respectivas particularidades y parentescos. Es así que para la identidad cultural de los judíos, yo propuse la palabra *judeicidad* que fabriqué con la ayuda de diccionarios, y que tiene algún éxito; el de la *negridad* para identidad cultural del negro, que también ha tenido cierta audiencia, sin llegar a ser eclipsado por el término de *negritud*, tan bello y tan cargado de gloria, pero que por lo mismo haría falta precisar en razón de su turbia riqueza. Sobre la misma afirmación, creo que faltaría imponer *arabiedad*, para la identidad de los árabes y, por qué no, ya que la palabra existe, *feminiíud* para la identidad cultural de las mujeres, la cual no debe confundirse con feminidad, etcétera.

Hasta ahora se ha nombrado, para cada caso, solamente a uno de los vértices del triángulo. Sería útil proseguir este esfuerzo lingüístico y designar igualmente a los otros vértices con vocablos apropiados. Así, sugeriría para el grupo judío: *judaisidad*, y limitar al judaísmo únicamente al sistema de valores de los judíos.

En síntesis, el triángulo de la identidad cultural de los judíos tendría en sus vértices *hjudiidad*, o el hecho y la manera de ser judío, la cual se definiría por la *judaisidad*, o grupo judío y, por otra parte, el *judaísmo*, o conjunto de valores y de instituciones judías. Las nociones de *judaisidad* y *judaísmo* se definirían una en función de la otra.

Asimismo, el triángulo de la identidad cultural de los negros tendría en sus vértices la *negridad*, o el hecho y la manera de ser negro, o el conjunto de características

que designa a un negro; la *negritud* o conjunto de hombres negros, y el *negrismo* o el conjunto de valores e instituciones que rigen la vida de esos hombres. Esto es igualmente válido para la *arabidad*, *arabidad* y *arabismo*. Cada uno puede, por sí mismo, construir el triángulo de su identidad cultural.

El juego de las inclusiones

Evidentemente el triángulo de la identidad cultural está acotado por sí mismo y no suspendido en el aire como un dirigible; forma parte de una totalidad, de un conjunto más vasto y, al mismo tiempo, de varios conjuntos, homogéneos o heterogéneos entre sí. Además es permeable: una comunidad humana, cerrada en sí misma, está casi siempre en ósmosis con otros grupos, que la engloban, la impregnan, la enriquecen y la inspiran, la oprimen o la favorecen; y ella a su vez aporta a otras comunidades, en retribución para la vida en común.

Esto nos conduce a interpretar al vértice demográfico del triángulo de una forma más o menos extensiva. La identidad cultural del negro americano se refiere, desde luego, a la comunidad negra de su villa; incluso, más allá de su gueto, remite también a la comunidad negra global de Estados Unidos, y aún más al mundo negro en su totalidad, esparcido y diseminado en la superficie de la Tierra. Nos encontramos frente a una serie de inclusiones, en una esfera sociocultural cada vez más extensa, tal vez diluida, pero donde el eco y sus resonancias no cesan de cruzarse y entrecruzarse. Creo haber percibido alguna cosa semejante en las Antillas, donde se es a la vez martinicano, antillano y, de cierta forma, africano. La danza o el rito africano suscitan una resonancia dentro del sistema cultural de esa concentración negra. La alusión al pasado africano, en una secuencia cinematográfica o televisiva, no resuena evidentemente de la misma forma en un negro que en un blanco de la Antillas. Así pues, se puede llamar negrecidad, tanto a la comunidad más restringida como a la comunidad más grande, aquella que existe entre todos los negros.

La identidad cultural de los negros americanos, para no salirnos del ejemplo, no se define solamente por las múltiples referencias a los grupos negros, sino además por sus referencias a los grupos blancos de Estados Unidos y de otras partes. Esta segunda serie de inclusiones es el origen de abundantes intercambios, pero también de múltiples conflictos, pérdidas y erosiones. El negro americano es también un

americano que participa del patrimonio común americano, mas es un americano minusválido por sus dificultades particulares. De la misma manera la *arabidad* de un tunecino musulmán, por ejemplo, se define en relación con los otros árabes y en relación con lo no árabe. El grupo humano al cual ata su vida es, desde luego, su comunidad más inmediata y restringida, donde ha nacido, la villa de Tunecia o de Djerba, pero también lo es la comunidad del país entero, Túnez, después la del Maghreb con sus correligionarios y partidarios históricos argelinos y marroquíes, después todavía aquélla del Oriente Próximo del África y del Asia que forman el conjunto de la gran comunidad árabe-musulmán, donde la noción política espiritual envuelve a los observadores: la de una "nación" árabe única y en conjunción con las afirmaciones no menos insistentes de las diversas naciones árabes. Algunas veces hostiles incluso entre ellas mismas. Se trata, evidentemente, de la forma en que se concibe la *arabidad*, tanto en su sentido local como en su universalidad con todos los matices intermedios.

Para resumir este punto, digamos que cada identidad cultural es, al mismo tiempo, una relación compleja con las otras identidades y se define, en cierta medida, en relación con ellas.

Negatividad y positividad

Las relaciones son positivas y negativas a la vez. Ser negro significa no ser blanco en un mundo regido por los valores de los blancos; ser mujer es no ser hombre en un mundo donde los hombres hacen la ley, etcétera. La pertenencia al grupo negro o femenino se traduce en una no pertenencia (relativa) a otros grupos, por lo general dominantes, que constituyen la sociedad global común. Una irresistible negatividad se impone a todo miembro de un grupo minoritario o dominado. De una o de otra manera, ser negro o mujer se traduce en una exclusión de un mundo más ventajoso, en todo caso menos precario. Precariedad que puede llegar hasta un malestar permanente: el racismo, por ejemplo, negrofobia o misoginia.

Naturalmente, aun allí, el sentimiento de esta exclusión será más o menos intenso según el temperamento de cada uno, del medio familiar, o de los azares de la historia. No todos los individuos, incluso al interior de un mismo grupo, son igualmente receptivos a las amenazas ni igualmente frágiles a los golpes que el destino les

depara. No es equivalente ser mujer rica, económicamente independiente, a ser obrera con una creciente enajenación laboral. No es equivalente ser un judío en Francia o en Siria que en Estados Unidos o en Europa Central. ¿Cómo podría ser totalmente expurgado el pasado de terror, servidumbre y linchamiento, en la relación del negro con el mundo de los blancos? ¿Cómo borrar las humillaciones y las limitaciones del presente? ¿Cómo un judío podría borrar de su memoria la larga historia de amenazas marcadas por sangrantes paradojas? Una mujer, aun la más respetada, la más adulada, no puede evitar estremecerse dolorosamente ante el relato de una violación. Las reacciones, obviamente van a diferir: algunos responderán a la hostilidad con un rechazo precautorio de todo aquello que les recuerde la agresión y, simultáneamente, harán una confirmación renovada de su pertenencia. Como si encontraran en esta singularidad la mejor coraza contra la erosión del río caudaloso de los extranjeros. Otros, a la inversa, se niegan a sí mismos y rechazan violentamente a su grupo de origen; intentan parecerse, lo más cerca posible, a los grupos de adopción, como si quisieran escapar de su cuerpo para confundirse en la multitud: esto es lo que se llama asimilación.

En fin, por lo general se encuentran dos tendencias simultáneas en proporciones diversas. Así como algunos se rechazan a sí mismos, existe una negrofobia del negro, una judiofobia del judío y una misoginia de las mujeres.

Naturalmente, si bien no todos los grupos son dominados, toda identidad cultural es deudora de otros grupos, aun de los más hostiles y agresivos. La identidad del norteamericano actual o del japonés incluyen también la imagen del norteamericano o del japonés visto por otros pueblos, a quienes, en cierta medida, está obligado a tener en cuenta. En pocas palabras, toda identidad cultural es, en proporciones variables, ventaja y amenaza, positividad y negatividad.

Relatividad y dinamismo

Estamos lejos de una concepción de identidad cultural monolítica simple y, sobre todo, inmutable, como algunos creen. Por el contrario, ésta aparece relativa y cambiante, objetiva y subjetiva a la vez, a tal punto que más valdría hablar del sentimiento de identidad cultural. Ser francés, alemán, o ruso, es una forma de asirse a sí mismo, de definirse en función de una tradición y una situación cultural. Pero esta relación con-

sigo mismo y con los principios culturales son cambiantes; un francés no piensa conducirse en la misma forma que su abuelo. El sentimiento de pertenencia puede variar en un mismo individuo en el transcurso de su vida; se puede alejar o acercar a su comunidad, las crisis dan testimonio de ello. Se comprende, entonces, que algunos, por temperamento o por filosofía, o por azar, van a privilegiar tal o cual aspecto de su identidad cultural. Unos insisten en sus ligas institucionales y se comportan, en consecuencia, solidarios, participan preferentemente en actividades comunes y sociales, políticas o culturales. Otros, por ejemplo, reclaman el respeto exigido por los valores religiosos. La cultura entendida, tanto en un sentido más amplio, es decir, hábitos colectivos, como en un sentido restringido, por ejemplo una tradición religiosa, descansa sobre una especie de pureza, libre de la escoria y de los ataques del tiempo, puesto que cada uno confirma y consolida su pertenencia a su manera, como si deseara, por una tenaz fidelidad, exorcizar la ansiedad suscitada por la inestabilidad de los tiempos. De esta forma, la religión es sólo una parte de la cultura entendida en su sentido amplio, y no se exigirá a nadie que modifique su filosofía ni su conducta.

Existe una paradoja en la identidad cultural: ésta es afirmada, reivindicada como el eje de la personalidad colectiva, y de toda personalidad, por lo tanto es mutable y susceptible de profundas transformaciones. El nudo de esta paradoja reside, quizá, en lo siguiente: el cambio da miedo y, en un principio, se tiende desesperadamente a negarlo, hasta que éste es integrado a lo cotidiano. La variabilidad no es únicamente signo de fragilidad, sino uno de los caracteres fundamentales de la vida. Se podría admitir que hay dos clases de unidad: una cerrada en sí misma, que insiste sobre la permanencia, y otra evolutiva, que se construye por integraciones sucesivas, como se verá más adelante.

No hay duda que esos dos movimientos aparecen en toda existencia colectiva o individual. La palabra misma, identidad, es significativa. Llamen fuertemente la atención los elementos más estables, ya que proclaman una especie de esencia, de absoluto, en toda identidad, que trasciende el tiempo y el espacio. Habría también, por otro lado, las figuras particulares del judío, del musulmán o del cristiano, encarnadas en la historia y la geografía, pero más allá de los cismas y herejías existe el judío, el musulmán o el cristiano típicos y una esencia eterna del judaísmo, del islamismo y del cristianismo, reconocible e inmutable desde su inicio hasta el fin de los tiempos.

Yo no me comprometería a un debate que tome caminos ontológicos, puesto que los partidarios del absoluto cultural aprovechan la ocasión para afirmar que la

identidad es un absoluto, que no se deja definir. La discusión queda limitada aun antes de comenzar. Mi propuesta es más modesta. Me limito a constatar que la historia del judío, del musulmán o del cristiano ha tenido un comienzo y que continúa, se edifica, se transforma y se enriquece notablemente. Esto sería fácil demostrarlo con algunos ejemplos: aquello que se llama identidad de unos y de otros no es tan idéntica como se le pretende. El asunto se vuelve más evidente, casi irrisorio, cuando se osa hablar de "la Francia eterna", "la eternidad del Reich" o "la Gran Bretaña por siempre", formaciones socio-históricas de orígenes muy recientes y quizá ya precarias.

¿Está delimitada la cuestión? Evidentemente no, pues vuelve a plantearse si existen elementos permanentes a través del desarrollo histórico. La respuesta es positiva, con la condición de precisar de qué evolución se trata. Dicho de otro modo, existen permanencias parciales que se reemplazan o se yuxtaponen lo suficiente para dar ese sentimiento de identidad aparentemente tranquilo, tan necesario para la vida. Quizá sería mejor hablar de continuidades relativas más que de permanencias. Estas continuidades permiten reconocernos a nosotros mismos y a los otros. Existen transformaciones más o menos lentas, destrucciones y reconstrucciones constantes. Es un juego recíproco entre las variables y la importancia relativa de su interrelación lo que da a cada grupo su fisonomía particular, a cada sistema de valores religiosos o culturales una ilusión extemporánea, que hace creer en la necesidad del desarrollo. Ahora bien, nadie puede prever la suerte de lo esencial, a qué elementos sustituirán y cuáles otros desaparecerán. ¿Por qué la ortodoxia de un tiempo deviene herejía y viceversa? ¿Qué será permanente y qué incidental? ¿Quién habría podido predecir que la rama judeo-cristiana suplantaría al tronco judío? Los triunfos y las derrotas, las ortodoxias y las herejías, no son tales con el transcurso del tiempo. En fin, la identidad cultural es una ecuación dinámica donde se combinan inextricablemente elementos más o menos estables con elementos cambiantes y relativamente imprevisibles.

Una construcción imaginaria

Volvamos ahora a la parte imaginaria que hay en el sentimiento de identidad. La construcción de una historia común es guiada por las necesidades del presente, de la multiplicidad de eventos pasados únicamente se eligen algunos de ellos. La memoria es invocada y reconstruida sin cesar. No existe allí ni perversidad ni mentira sistema-

ticas, sólo la necesidad de edificar una historia coherente, operativa y soportable. Los niños emigrados españoles, portugueses o italianos, nacidos en Francia, terminan por olvidar sus orígenes y, después de algunas adaptaciones de sus patronímicos (Martínez se vuelve Martinet o Martin, Colombani Colombin o Colomb) creen, de buena fe, descender de los galos o los francos; si no ellos, sus hijos o sus nietos: porque esta coherencia ficticia entre su presente y un pasado imaginario será más fácil de vivir. ¿Cuántos de esos corsos que proclaman "Arabi fuori" (fuera los árabes) saben que, quizá, descienden de invasores moros?

Se ha insistido que el orgullo genealógico se atribuye al linaje paterno mas se ignoran tranquilamente los aportes extranjeros, generados algunas veces por el azar. En pocas palabras el *pasado común* es ampliamente ficticio, pues no es verdaderamente común ni verdaderamente pasado: ¿común a quién y pasado de quiénes? Basta plantear esas preguntas para ver la inevitable imprecisión de respuestas. Ese pasado llamado común no es más que la puesta en común de un cierto pasado, en el mejor de los casos. Tomemos el ejemplo de un pueblo aparentemente unificado, los franceses: su identidad estaría fundada sobre sus ancestros, presumiblemente galos, de ellos se sabe poco o casi nada, sobre una lengua y una jurisdicción prestadas por sus vencedores, los romanos; sobre una filosofía y una metodología científica nacidas del griego; sobre ingredientes judíos intermediados por el cristianismo; sobre la invitación del renacimiento italiano, que a su vez copiaba a la antigüedad. Más cerca de nosotros, esos artistas del mundo entero que vinieron a trabajar a París y que han dejado su huella sobre la cultura francesa al tiempo que se han beneficiado.

¿Lo anterior confirma una síntesis única y notoria? ¿No se trata más bien de muchas síntesis, en las cuales el único vínculo es el de la geografía? ¿Qué relación existe entre los castillos del Loire, la cocina francesa y el impresionismo, sino aquélla de que son hechos culturales de un mismo país? El clasicismo y el romanticismo, movimiento *bien français*, están separados uno del otro como el polo Norte del polo Sur.

¡Aún quedan puntos comunes! No pasemos de uno a otro extremo, precisamente, porque ningún extremo es defendible aquí. Los franceses "poseen" una lengua común, pero la lengua de la burguesía no es la de los obreros ni la de los campesinos, a pesar de la escolarización. La lengua de París no es aquélla de las regiones, donde las reivindicaciones se plantean a causa de la predominancia del capital. Esta lengua llamada francesa es considerada "apropiada" por gentes del Hexágono (Francia); los

belgas, los suizos, quebequenses, antillanos o africanos caen bajo el supuesto de hablar mal porque no hablan como las gentes del hexágono, lo cual para un lingüista carece de todo sentido. La religión católica es la religión de la mayoría de los franceses, es cierto, ¿pero qué pasaría con los protestantes, los judíos, los budistas y pronto con los musulmanes (cinco millones), en una definición de identidad cultural construida a partir del catolicismo? ¿Y qué pasaría, inversamente, con esta definición si se insiste mucho sobre la religión? Ser francés es un modo de vida, ¿pero es un modo homogéneo de vida? Basta pasar dos días en Alsacia después una estancia en Provenza o en Bretaña para percibir la heterogeneidad.

Sin embargo hay una paradoja, los franceses se reconocen entre ellos y desean reconocerse como tales. Este deseo es importante y significativo, pero quisiera simplemente sugerir que todo ello no tiene ni la solidez ni la evidencia que se cree. Resta saber por qué se defiende a esa identidad real o imaginaria, parcial o compleja. Esto será la última cuestión que hay que desarrollar.

La identidad cultural permanece como una construcción en mayor medida imaginaria, lo que no significa que sea irrisoria o falaz. No se trata aquí únicamente de biología o de historia concreta, sino de la cultura, es decir, de creencias. Pese a las múltiples invasiones sucesivas si uno se cree francés, argelino o corso, en cierta forma lo es; si se cree judío o árabe lo es porque se ha conducido como tal, no obstante las complejas mezclas entre las poblaciones, de las cuales provienen los actuales judíos y árabes. La identidad de su conciencia y de su memoria resulta parcialmente engañosa. En suma, lo más relevante de la identidad cultural no es su realidad, sino su efectividad.

La necesidad de la identidad cultural

Nos preguntamos el porqué de esta creencia y esta voluntad de afirmación. La respuesta está en sí misma; es la necesidad que se tiene de fundamentar lo esencial de la identidad cultural.

La identidad cultural es una construcción en gran medida ideal, una reconstrucción a partir de elementos reales o imaginarios, y lo edificado tiene una finalidad evidente: es una máquina de supervivencia, que utiliza el pasado y el futuro para conformar el presente. Los cimientos sobre los que se construye no hacen falta. ¡Qué

habilidad para el engaño y la ilusión! Ustedes conocen los hologramas, donde la ingeniosidad del espíritu humano ha puesto literalmente a la vista personajes en tres dimensiones. Muebles, objetos y escenas enteras, que no son más que la disposición de pabellones vistosos, tan perfectamente montados que se cree o casi se le puede creer. De aquí que quizá, entre otras cosas, el prestigio de la cultura está en el sentido del extraordinario florecimiento de ideas, sentimientos y acontecimientos verdaderos o inventados que habitan las conciencias colectivas e individuales. Podemos preguntarnos, ¿por qué la cultura goza, en todos los pueblos y en todos de los grupos, de tanto respeto? ¿No es esto paradójico? ¿Por qué lo aparentemente menos útil, lo menos rentable, es tan admirado, tan alabado y tan honrado? ¿No hace falta pensar que la cultura es necesaria para el buen funcionamiento de la vida colectiva e individual?

Si bien la cultura es el conjunto más o menos coherente de respuestas concretas e ingeniosas de un pueblo a sus condiciones de existencia para beneficiarse de la herencia común, hay que creer y hacer creer que se pertenece al grupo. Uno no es un bastardo si los otros no lo saben. Más vale borrar las huellas, o mejor aún, persuadirse y persuadir su legitimidad. Hay que construirse o reconstruirse un pasado común, garante de un provenir común. En toda identidad cultural, existe un alto índice de creencias. Se pertenece a un pueblo, a un sistema de valores y de instituciones, en tanto que así se cree.

Pertenencia y dependencia

Revisemos ahora la noción de pertenencia. ¿Qué significa, en efecto, esta famosa pertenencia? Permanecer parece indicar, a la vez, que se es voluntariamente parte de un conjunto, que ese conjunto nos contiene, y que ejerce una injerencia sobre nosotros. En suma, es al mismo tiempo una situación dada, un consentimiento y un objetivo o fin. Lo cual nos lleva a decir que nuestra voluntad no es tan fuerte ante la del grupo, puesto que se es consciente de esa delegación de poder. No somos del todo independientes, sino hasta donde nos conviene.

Ahora bien, ¿qué he hecho aquí, sino describir la habitual dualidad de toda dependencia, con su doble carácter de necesidad y de interés? Pertener a un grupo significa en definitiva que se tiene necesidad de pertenecer a ese grupo y, de alguna

manera, el grupo nos pertenece, pues en cierta medida disponemos y encontramos beneficios en él.

Si retomamos la imagen del triángulo y se considera esta vez a los lados y no a los vértices, sería preferible designarlos con el término de dependencia más que por el de pertenencia, o por lo menos tener presente que la pertenencia al final se convierte en una forma de dependencia. Pertenecer a un grupo significa que dependemos de ese grupo y que ese grupo depende de nosotros. Más aún, lo que esperamos de nuestros grupos respectivos y lo que nuestros grupos nos reclaman a cambio. Deseamos estar protegidos, aconsejados en nuestra conducta, inspirados en nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, sostenidos por las instituciones, tranquilos respecto a nuestro pasado y futuro. Estamos dispuestos a pagar con nuestra sumisión, solidaridad y fidelidad —al menos en forma relativa—.

Es verdad que los vínculos de la pertenencia parecen ser más fuertes que los de dependencia, pues tranquilizan más. La pertenencia sugiere cierto tejido común, indestructible, orgánico, como aquél que une a padres e hijos: "nuestra madre la Francia", "nuestra madre Iglesia" u otras expresiones similares: "¡nunca se deja de ser cristiano!"; "¡nunca se deja de ser judío!", aun cuando uno sea renegado o traidor. También sugiere cierta naturaleza mística o metafísica en la participación dentro del grupo. Lo cual daría lugar a una garantía de subsistencia recíproca entre el grupo y el individuos, como se supone entre la madre y el hijo. *Sólo se tiene una madre*, significa la unicidad, una especie de intemporalidad trascendente; *es mi hijo, el fruto de mis entrañas*, significa que nada, ni las conductas inmorales ni los desórdenes biológicos podrían cambiar ese hecho. En pocas palabras, las dos partes, lo colectivo y lo individual, encuentran su complemento en esta creencia. Y quien lo cuestione tiene la impresión de producir un ataque a un tabú o alterar lo inalterable; cuyo castigo es la culpabilidad y la angustia de la traición, la cual en sí constituye una pequeña muerte del grupo, sin contar con las sanciones, que van desde la censura hasta la muerte.

A pesar de que todo indica lo contrario se puede *dejar de pertenecer* a un grupo, entrando a otro, sea por voluntad propia o ajena. Esto puede ocasionar grandes desórdenes en unos o ningún problema en otros. El vínculo paterno filial llega a transformarse en rencor o se desarrolla sin mayores problemas; por ejemplo los emigrados, unos se adaptan rápida y perfectamente, mas no faltan otros que no soportan el exilio ni la marginación, para éstos el exilio es siempre una catástrofe.

Los desórdenes de la identidad cultural

Podemos imaginar bastante bien los problemas de la identidad cultural. Hemos visto que la identidad cultural ha sido mal denominada; el término se presta a confusión; sugiere la estabilidad, la perennidad hasta lo absoluto, sin embargo la realidad de la identidad cultural está hecha de fragilidades y de metamorfosis relativas. La identidad cultural es, quizá, el conjunto de permanencias a través de un cambio continuo.

Esta ambivalencia real de la identidad cultural es, finalmente, más adecuada que la supuesta universalidad estática, sugerida por la palabra. Tenemos la necesidad tanto de permanencias relativas como de adaptaciones continuas. Tenemos la necesidad de vivir y de beneficiarnos de la transmisión de experiencias acumuladas por las generaciones anteriores. También necesitamos de nuestra extraordinaria capacidad de adaptación a las nuevas situaciones (de la cual los animales parecen carecer). Un organismo que no cambia muere, tal es el sentido de la vejez.

Estamos continuamente amenazados en nuestros cuerpos y en nuestros espíritus, en nuestra identidad física y nuestra identidad psíquica, por la inevitable degradación generada por el tiempo y la lenta deriva hacia la nada. Contra esa amenaza oponemos sucesiva y simultáneamente dos respuestas. Hemos señalado que la cultura no es solamente lo imaginario, sino también recetas de vida, desde las más simples hasta las más sofisticadas; el arte de cocinar o de prever al tiempo. En este sentido, la cultural común de un grupo es un tesoro colectivo, esa reserva inagotable para responder a las dificultades de la existencia, tan valiosa pues es singular, es decir, adaptada a ese grupo, como una vestimenta cortada a su medida, o mejor aún, en cierta forma secreta para su propio cuerpo. Esto explica y legaliza el respeto a las tradiciones. El gusto de echar mano de los viejos hábitos y los viejos ritos no es ridículo, pues supone, justamente, que se han adaptado a nosotros y nosotros a ellos.

Sin embargo, la tradición no tiene respuesta para todo, hace falta inventar si se quiere sobrevivir. La sorprendente y sobresaliente dualidad de nuestros gustos corresponde a dos necesidades, a dos requerimientos diferentes: el gusto por lo antiguo, lo ya visto, lo reconocible; y el gusto por lo nuevo, que permite al género humano aceptar o rechazar la aventura, lo diferente o desconocido. A pesar de todo, la facultad de adaptación es insuficiente ante una situación muy novedosa o un cambio demasiado rápido.

Probablemente, de la ansiedad contemporánea deviene esa aceleración, ha identidad cultural está hecha de una serie reconocible de equilibrios sucesivos. Si cada etapa deviene muy inestable, si las transiciones son insuficientes, si todo reafirmación vacila y todo el ser parece estar en peligro ante cuasi-rupturas generadoras de angustias; entonces, no nos queda más que construir o reconstruir un mundo de acuerdo con nuestras necesidades, más reconocible e indudablemente hecho a nuestra medida por nosotros mismos o por esos delgados imaginarios que son los artistas y los pensadores. Y mientras sea así, puesto que no hay mayor obstáculo que la realidad desconocida, amenazante o sórdida, opondremos a ella una gloria imaginaria, de sueños deliciosos y de dogmas contruidos para la eternidad. Nos defendemos por medio del humor, las leyendas o diversos delirios de fanatismos religiosos o laicos.

¿Dónde se encuentra la sabiduría? Es claro que la crispación sobre una permanencia excesiva y supuesta lleva al malestar y no permite ninguna defensa contra la incesante novedad de la vida. La estabilidad es confortable y tranquila, pero no existe ninguna estabilidad perfecta: si existiera sería ineficaz. En cuento a esos retornos al pasado, "regresos a las fuentes", "búsqueda de las raíces", de los que tanto se habla hoy como una panacea a nuestras inquietudes y dificultades, en realidad son nociones confusas y a menudo argucias de los grupos para repeler a los contestatarios, a los errantes y a los marginados. Es una ironía del tiempo que aquellos llamados retrógradas ahora sean impulsados por los partidarios de la transformación de nuestras costumbres y de nuestra sociedad: quieren avanzar retrocediendo. El regreso a lo que nunca existió es un falso retorno.

Es igualmente claro que no podremos soportar el cambio, no importa qué cambio ni su velocidad. Para usar por última vez nuestro triángulo, es evidente que éste sufre transformaciones incesantes, porque la demografía cambia, porque los valores cambian, y cambian sin cesar las diferencias relacionadas entre los hombres y su sistema de pensamiento y de conducta. Queda aquí una transformación excesiva o muy rápida, seguida de algunas borrascas fisiológicas, psicológicas, intrahumanas o sociales, ocasionando sufrimientos más o menos soportables y al límite del estallido. Podemos quebrarnos por la muerte de un ser querido; por una separación muy profunda, aun geográficamente; podemos agonizar como esos animales que, alejados de toda compañía y aislados de su medio natural, se deprimen.

En resumen, la sabiduría reside en un apego y desapego moderado, en una distancia un poco irónica hacia el grupo y sus valores; en torno a la cultural común, hay que apreciar lo que ésta porta de ficción. En lo imaginario no hay que ver ni despre-

ció ni desconfianza; al contrario, lo imaginario es un recurso indispensable para respirar cuando el aire se enrarece. Pero, a fin de cuentas, cualesquiera que sean las ventajas de la tranquilidad de los miembros del grupo, más valdría completar esta solidaridad orgánica y psíquica con la interdependencia con otros grupos y otros sistemas que permitan a cada uno salvaguardar su ya de por sí amenazada libertad. Sin lugar a duda hay aquí una postura filosófica.